

EL AMOR FILIAL EN MARTI

MARTÍ, dice Fermín Valdés Domínguez, su amigo desde la infancia, "quería a sus padres con toda la pureza de su alma" *Social*  
 ¿Cómo lo trataron éstos? ¿Correspondían al amor y al interés que por ellos demostró constantemente su hijo? Son éstas, cosas muy delicadas y muy largas de contar, que guardamos el tratarlas en otra oportunidad.

Sólo vamos ahora a recoger y glosar las múltiples pruebas que en sus escritos nos ha dejado Martí, del intenso amor que profesaba a su madre.

La primera carta y los primeros versos que del Apóstol se conocen, están dedicados a su madre, Doña Leonor Pérez y Cabrera, natural, como es sabido, de la isla Santa Cruz de Tenerife, una de las Canarias, y cuyo primer centenario de su nacimiento se celebró el 19 de diciembre último. Está dirigida la carta desde Hanabana, sitio cercano a la Habana donde su padre, el valenciano Don Mariano Martí y Navarro, se veía obligado a residir algunas veces en el desempeño de las funciones de su cargo de celador de policía, y donde se hacía acompañar, como a todas partes a donde iba, por su hijo, para que le sirviera, dada su buena letra, de escribiente, único porvenir, oscuro y mezquino, que como empleo para ganarse la vida le tenía reservado don Mariano. Esta primera carta de Martí, a que nos referimos, que se conserva en el Museo Nacional, tiene fecha 23 de octubre de 1862. Martí contaba, pues, nueve años y casi nueve meses de edad. Es una carta ingenua, infantil, pero en la que se deja entrever, sin embargo, el carácter del hombre y el estilo del escritor futuros. Y en ella se revela plenamente el amor, hondo y efusivo, que sentía, desde muy niño, por su madre, de la que se despide "su obediente hijo que la quiere con delirio". *marzo 1929*

Los primeros versos que de Martí se conocen, escritos en 1868, los consagró a la que le dió el ser. Son los siguientes:

A MI MADRE

"Madre del alma, madre querida,  
 Son tus natales, quiero cantar;  
 Porque mi alma, de amor henchida,  
 Aunque muy joven, nunca se olvida  
 De la que vida me hubo de dar.

Pasan los años, vuelan las horas  
 Que yo a tu lado no siento ir,  
 Por tus caricias arrobadoras  
 Y las miradas tan seductoras  
 Que hacen mi pecho fuerte latir".



En presidio, el 28 de agosto de 1870, le envía un retrato con el traje de presidiario, el grillete al pie, con la siguiente dedicatoria:

“Mírame, madre, y por tu amor no llores:  
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas  
Tu mártir corazón llené de espinas,  
Piensa que nacen entre espinas flores”.

Y en 30 de diciembre de 1871, desterrado en España, le dedicó esta composición:

¡MADRE MIA!

Mi madre: el débil resplandor te baña  
De esta mísera luz con que me alumbro,  
Y aquí desde mi lecho  
Te miro, y no me extraña—  
Si tú vives en mí—que venga estrecho  
A mi gigante corazón mi pecho.

El sueño esquivan ya los ojos míos,  
Porque fueran, si al sueño se cerraran,  
Ojos sin luz de Dios, ojos impíos.  
¡Te miro, ¡oh madre!, y en la vida creo!  
¿Cómo cerrar al plácido descanso  
Los agitados ojos, si te veo?

Se me llenan de lágrimas. ¿Es cierto  
Que vivo aún como los otros viven?  
¿Que al placer de la vida no me he muerto?  
Lloro, ¡oh mi santa madre! Yo creía  
Que por nada en el mundo lloraría!  
Los goces de la tierra despreciaba,  
Y lenta, lentamente me moría.

Yo no pensaba en tí: yo me olvidaba  
De que eras sola tú la vida mía.  
Tú estás aquí: la sombra de tu imagen.  
Cuando reposo, baña mi cabeza.  
¡No más, no más tu santo amor ultrajen  
Pensamientos de bárbara fiereza!  
Una vida acabó: ¡mi vida empieza!

La luz alumbra ahora  
Tus ojos, y me miras.  
¡Cuán dulcemente me hablas! Me parece  
Que todo ríe plácido a mi lado;  
Y es que mi alma, si me miras, crece,  
¡Y no hay nada después que me has mirado!

Huya el sueño de mí. ¡Cuán poco extraño  
Las horas estas que al descanso robo!  
¡Oh! Si siento la muerte,  
Es porque, muerto ya, no podré verte!

Ya vienen a través de mi ventana  
Vislumbres de la luz de la mañana.  
No trinan como allá los pajarillos,  
Ni aroman como allá las frescas flores,  
Ni escucho aquel cantar de los sencillos  
Cubanos y felices labradores.  
Ni hay aquel cielo azul que me enamora,  
Ni verdor en los árboles, ni brisa,  
Ni nada del edén que mi alma llora



Y que quiero arrancar de tu sonrisa.  
 Aquí no hay más que pavoroso duelo  
 En todo aquello que en mi patria ríe,  
 Negruzcas nubes en el pardo cielo,  
 Y en todas partes, el eterno hielo,  
 Sin un rayo de sol con que te envíe  
 La expresión inefable de mi anhelo!

Pero no temas, madre que no tengo  
 En mí esta nieve yo. Si la tuviera,  
 Una mirada de tus dulces ojos  
 Como un rayo de sol la deshiciera.  
 ¿Nieve viviendo tú? Pedirme fuera  
 Que en tu amor no creyese, ¡oh madre mía!  
 Y si en él no creyera,  
 La serie de las vidas viviría,  
 Y con alma perdida vagaría,  
 Y eterno loco en los espacios fuera.  
 ¡Amame, ámame siempre, madre mía!

Al dorso de un grupo fotográfico en que aparece Martí en compañía de Anselmo y Fermín Valdés Domínguez, y que nosotros publicamos por vez primera en estas páginas, el año 1922, hay una dedicatoria de puño y letra del Apóstol, fechada en Madrid el 19 de septiembre de 1872, en la que ofrece esta copia de ese retrato, a su fraternal amigo Fermín, con estas palabras: "Hermano, cuando te he visto a mi

lado, no he suspirado por mi madre", no encontrando para ponderarle lo grande y sincero del cariño que por él siente, otra prueba mejor ni más clara para quien, como Fermín Valdés Domínguez, lo conoce íntimamente en su vida y en sus pensamientos y sentimientos, que decirle que allí, en su forzado destierro madrileño, lejos de lo que más ama en el mundo, su madre, cuando le ha visto a su lado no ha suspirado por ella.

En febrero, 28 de 1883, en carta a su hermana Amelia, escrita desde Nueva York, se preocupa de la suerte y el bienestar de sus padres, especialmente de su madre, atiende, dentro de la escasez económica que padece, a las necesidades de aquella, y sacrifica el placer de tenerla a su lado, por lo que considera sea más del agrado de ella:

"Nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa. Ahora, ya engrueso. Ustedes reposan; nadie más que yo trabaja. Papá puede venir a descansar. Me aflige sólo que mamá tenga que vivir en casa extraña. Desde el mes de abril recibirá, mes por mes, veinte o veinticinco pesos oro. Este, no le puedo mandar más que diez, que acaso vayan, si no hallo otro modo más seguro, dentro de esta misma carta, en un billete americano, que tu buen José me hará el favor de cambiar para mamá. Dos razones hay que me impiden pensar,—como de otro modo hubiera sin vacilaciones resuelto,—que mamá y Antonia viniesen también a mi lado. Lo más importante es—que traer acá a Antonia, que es ahora rosal en flor,—sería como encarcelarla en un castillo de nieve. Y mamá, a poco, suspiraría con razón por volver a la tierra donde están sus hijas y sus amigas, y cuanto halaga y mantiene vivo al corazón que aquí sólo de fuerza heroica—si es mozo, o de haber resuelto ya, por matrimonio o por haber vivido bastante, los problemas de la existencia,—queda vivo".

En 18 de noviembre de 1894, al enterarse de que el doctor Juan Santos Fernández le había asistido a su madre, le escribió a este amigo las siguientes líneas:

"Gozo en agradecer y en saber que el viaje por el mundo no ha logrado sacar la piedad de tu corazón. Sé lo que haces



por mi madre, y lo que vas a hacer. Trátamela bien que ya ves que no tiene hijo. El que le dió la naturaleza está empleando los últimos años de su vida en ver cómo salva a la madre mayor”.

Y por último, al salir de Montecristi para los campos de Cuba libre, el 25 de marzo de 1895, se despide de su madre en un adiós que la suerte adversa hizo que fuera su despedida hasta la eternidad:

“Madre mía:

“Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio? Palabras no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

“Abraza a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

“Su

J. MARTÍ.

“Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que usted pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca”.